

LA HORDA – (4)

Estabilización de lo institucional y la pareja legal

Era cerca del mediodía; el sol de un verano que aún no se decidía a retirarse brillaba en lo alto del cielo con una intensidad casi burlona.

Hacía mucho calor.

Con la proximidad del otoño las crías de algunos animales comenzaban a ser más independientes, y a la distancia ya se les podía ver correteando alegres y seguras sobre sus patas.

Pero a esa hora del día reinaba una gran quietud y un silencio abrumador cargado de siesta.

No había sido un año de lluvias abundantes.

En ciertos lugares, alejado hasta siete metros de su antigua orilla, el río mostraba la desnudez de un lecho barroso cuarteado por el sol donde, aquí y allá, asomaban por primera vez ramas y troncos dejados allí, alguna vez, por la corriente.

En sectores ahora aislados se secaban abiertas al cielo infinidad de almejas de agua dulce que no habían tenido oportunidad de regresar al curso principal.

Abandonados, algunos abismos de otrora no eran más que fosas anegadas, ojos de agua turbia que día a día reducían más y más sus circunferencias y en los que, en sus ya desesperadas profundidades, habían quedado encerrados muchos peces de buen tamaño que podían ser atrapados con un golpe de garrote o un manotazo certero.

Por su parte, los árboles del bosque, de profundas raíces, habían resistido bien la sequía, y entre la ramas del tupido follaje se podían divisar innumerables nidos de pájaros, abandonados luego de que los pichones aprendieran a volar. Algunas frutas tardías no comestibles ponían una nota de color entre los tonos de verde.

Ni una pequeña brisa recorría los pastizales calcinados del contorno; nada atinaba a moverse. Solo las cigarras pintaban el aire con su canto adormecedor.

Desde la mañana temprano, en el asentamiento también reinaba un silencio casi absoluto.

Apenas cuatro o cinco figuras se movían de vez en cuando bajo aquellas aripucas improvisadas con palos, barro, cuero y paja seca, y cualquiera que no hubiera levantado la vista hasta las colinas distantes habría pensado que se trataba de una aldea moribunda.

Cualquiera que no hubiera levantado la vista, porque de hacerlo habría observado que una singular multitud se aproximaba.

Hombres, mujeres y niños volvían de la cacería más exitosa que podía recordarse.

A medida que se acercaban, en medio del cansancio que dejaban adivinar sus movimientos podía advertirse un enorme regocijo sobrevolando sus facciones toscas, rostros cuarteados de sol y viento, duros como las mismas grietas de la tierra.

Líneas de polvo y transpiración evaporada les bajaban desde la nuca y la frente hasta la base de un cuello firme y poderoso para perderse luego en un abismo de espaldas, muslos y nalgas descubiertas.

Legiones de moscas avarientas sobrevolaban ansiosas aquel espectáculo de carne, pelos, pegotes de sangre, briznas y cortezas.

Agotados... sí.

Sedientos... sí.

Sucios... sí, pero felices, exaltados.

Volvían de la cacería mas exitosa de todos los tiempos.

Por primera vez y con grandes aprontes, usando una nueva estrategia de caza habían participado también mujeres y niños.

Gritando, agitando los brazos y haciendo bulla con ramas y piedras estos últimos espantaron una manada de venados hasta lograr apartar un grupo al que fueron conduciendo hacia una depresión boscosa del terreno, cañada donde un grupo de cazadores esperaba oculto.

¡Fue algo grande!

La población crecía en número y cada vez necesitaba más cantidad de alimentos.

Proteínas, fundamentalmente proteínas, pero también hierro y fósforo; carne.

En tanto se acercaban con la carga, la excitación y el cansancio de todos se hacía más visible, pero un merecido sabor a triunfo y un orgullo sano les aligeraba el peso sobre las anchas espaldas.

Había tenido lugar un total aprovechamiento de los recursos humanos disponibles.

Los ancianos les vieron desde lejos y se alegraron... tanto la empresa como la estrategia habían sido obra de su imaginación.

(2)

Ya llegaban. Jugando a la carrera, los niños más pequeños venían por delante y sus agudos gritos revoloteaban alegres entre nubes de polvo veraniego. Mas allá, sorteando las dificultades del terreno, mujeres y hombres perdían el equilibrio por el exceso de peso. ¡Volvían todos!

Los ancianos, reunidos bajo un árbol nacido al costado de una gran roca plana situada al borde sur de la toltería, la roca de los lobos, ni bien los vieron sintieron hambre.

Casi podían degustar el sabor de la carne que sería asada en grandes piezas, y hasta aspirar el humo aromático que produce la grasa derretida cayendo sobre las brasas.

Movidos por una excitación casi infantil, señalando aquí y allá a la distancia, sus figuras se balanceaban inquietas sobre uno y otro pie mientras se palmeaban los muslos sonoramente.

Hasta parecían más jóvenes.

A medida que los cazadores pasaban a su lado alzaban los trofeos de caza en dirección a ellos, al tiempo que sus gargantas proferían al aire gritos roncocos de victoria.

En sus miradas, y no sin cierto asombro, los ancianos descubrieron de pronto un brillo especial, un respeto diferente... y se llenaron de orgullo, un orgullo sano y liviano como aquel que se siente por los hijos propios.

De hecho, muchos lo eran.

Esperaron hasta que pasaron todos.

Sin saberlo aún, se les acababa de entregar la conducción.

Cada vez más lejos quedaban aquellas épocas de merodear temerosos por las cercanías del campamento, echados, amenazados o muertos a golpes; cada vez más lejos las épocas de recoger frutos y raíces como las mujeres y los niños.

Porque aunque no había pasado mucho tiempo de todo ello, hasta ese preciso día nadie hubiera previsto que, siquiera siendo útiles como maestros o consejeros ocasionales, alguna vez pudiesen volver por completo al seno del grupo.

Menos aún que accedieran a lugares de privilegio.

Pero sucedió; lo habían logrado. La otrora curiosa valía de sus habilidades, experiencia y conocimientos ya no dejaba lugar a dudas

sobre la vital importancia que los ancianos tenían para el bienestar de todos y cada uno de los que les rodeaban.

Parecía mentira. Dibujando la idea sobre el polvo y haciéndola más comprensible a través de gestos, palabras y sonidos bruscos, habían conducido a la comunidad entera hacia una gran victoria.

Así, en un solo día, el anteriormente apenas tolerado consejo de ancianos se convirtió en depositario de la confianza total y general del grupo, y con ello pronto pasó a tener responsabilidades especiales que rápidamente se convertirían en facultades legislativas.

Llegado este punto puede decirse que la jefatura de los ancianos fue el comienzo de la vida institucional mayor; la legitimidad de su liderazgo surgió no solo de sus capacidades sino de su compromiso con el bien común, y su continuidad estuvo dada por el apoyo directo, voluntario y renovado de la mayoría.

La familia y la pareja legales

Origen del concepto matrimonio

El tiempo pasó rápidamente, y los años permitieron acumular una vasta experiencia acerca de los pormenores que pautaban la vida de todos y cada uno.

Aunque frágil, un cierto orden apaciguaba conflictos e impedía en mucho la proliferación y configuración de situaciones dudosas.

Poco a poco el consejo de ancianos fue fortaleciendo su imagen hasta llegar a hacer gala de una dignidad que, aunque poco ostentosa, ya comenzaba a rodearse de rituales y simbolismos acordes a las funciones desempeñadas.

A todo esto, dentro de una estabilidad y organización social aún muy precarias, la hembra humana había encontrado el camino más adecuado a las circunstancias del momento para relacionarse entre sí, con los machos, y con la generalidad del conjunto.

Algunas de ellas, gracias a una prolífica descendencia de varones habían logrado acumular bastante poder, el cual ejercían con mucha naturalidad sobre las demás.

Administradoras de bienes sencillos pero valiosos para su tiempo, bienes aportados por aquellos hijos que, por número (muchos), suma de lo obtenido o de lo que podrían obtener elevaban su estatus social, encarnaban en sí mismas una promesa de protección y alimento sustancioso para muchas hembras inferiores.

Rodeadas de sirvientas y hembras de menor rango, cada una para sí estableció un círculo de dominio de claro corte verticalista (en poco tiempo, y como es natural que ocurra, estas hembras destacadas

habrían de constituir una suerte de consejo femenino (otro) dedicado a tratar problemáticas de índole social).

Las más importantes habían parido, además, líderes entre sus hijos, cazadores y guerreros hábiles con posiciones de poder propias dentro del grupo de machos, referentes sociales relacionados directa y estrechamente con el consejo.

Estos, que en sí eran el brazo ejecutivo de las máximas autoridades comunitarias, siempre volvían con algo más que los otros al seno de la familia, una familia compuesta también por los hijos que habían concebido con aquellas hembras de menor rango y a menudo con sus propias hermanas o hijas, a quienes consideraron y trataron como de su propiedad.

Más allá de lo que al respecto aporta la misma naturaleza de la hembra, el respaldo que las grandes madres brindaron a este estado de cosas también se debió a que ellas, en la esperanza de que dentro de la propia familia siguieran naciendo líderes que aseguraran por siempre su bienestar, coincidieron en la necesidad de privilegiar la continuidad de su descendencia.

De esta manera, y por motivos que hacían en mucho a su conveniencia, desde lo femenino no ya determinado por el puro instinto sino también por la razón, ellas fueron las primeras en entregar al macho dominante el beneficio de la exclusividad sobre las hembras (lo legalizaron).

Así, y aunque se tomara como referencia de legitimidad aquello que se había sucedido desde el principio mismo de las cosas, las grandes madres establecieron y transmitieron para siempre principios de pertenencia legal relacionados con la sexualidad femenina, y tal fue su compromiso que, llegadas al límite de lo que consideraron un comportamiento tolerable, mataron o expulsaron de la familia a aquellas cuyo control resultaba un problema difícil de resolver y, a menudo, también a aquellas que únicamente daban a luz bebés hembras (dicha actitud valorizó aún más lo masculino).

Pero su hacer general tuvo asimismo otra motivación.

Dado que, divididos en partidas que se alternaban mutuamente, los hombres acostumbraban ausentarse por muchos días enfrascados en expediciones de caza, reconocimiento o rapiña, la defensa que hizo toda gran madre del derecho sexual exclusivo del macho líder sobre todas las hembras de la familia tuvo a su vez la intención de evitar, a través de la autocensura de aquellas que estuvieron a su cargo que, por acción de estas mismas, otros machos se sintieran alentados a acercarse al grupo (lo que motivó la autocensura fue el evitar castigos

inminentes).

En buena medida, con esta actitud la hembra dominante conseguía salvaguardar un mínimo de la integridad física del líder que la protegía y protegía sus intereses, alejando del seno familiar, en lo posible, reyertas de resultados imprevisibles.

Para comprender mejor tales prevenciones, es necesario tener presente lo que sigue:

a) En función de la variedad de la especie y la selección del más apto, la naturaleza de la hembra humana hace que esta no solo se fascine ante aquel en quien reconoce un líder sino que se disponga a someterse sexualmente, siendo que, en ausencia del mismo e inmersa en una situación que a su entender resulta extraordinaria, ella está condicionada para intentar ubicar aquel varón que al momento más se destaque (líder alterno).

También la movilizan simpatías naturales, por lo que puede sentirse atraída por conocidos de larga data.

b) En la naturaleza del macho de nuestra especie (y toda otra) existe la intencionalidad manifiesta de:

1) fecundar a todas las hembras posibles, llegando al extremo de poner en riesgo la propia vida para lograrlo;

2) anular a sus pares para que no sean ellos quienes transmitan su material genético.

Aún en nuestros días es posible observar a hombres y muchachos molestando, o bien atacando, a aquel que pasa a su lado en compañía de una mujer, en particular si esta es muy atractiva.

Véase que si no fuera así y el varón adulto tuviera un interés rayano en la indiferencia, la especie humana debería encontrar otros caminos para obtener una selección de las mejores muestras genéticas como garantía de continuidad y perfeccionamiento.

Consecuentemente, dado entonces que el liderazgo de un macho sobre una hembra o un grupo de ellas no es aceptado de buena gana por sus competidores, el respeto que merece el individuo dominante solo es relativo a la confianza que un posible retador tenga en sí mismo para derrotarlo (la situación de conflicto es algo siempre latente).

En último caso, si no encontrara motivos suficientes como para tener que enfrentarlo directamente, aprovechará un descuido de aquél para, de esta manera, hacerse con una o más hembras.

Obviamente, y como es de suponer que el control que inicialmente se ejerció sobre las hembras fue lo suficientemente estricto como para

considerarlo exitoso, ante una organización social como la planteada en el asentamiento, el problema que en un futuro cercano debería resolverse tendría dos cabezas, a saber:

1) La propia naturaleza de tal organización (exclusión y marginación de demasiados machos y hembras adultos).

2) Un crecimiento importante de la población. La capacidad de control/orden se vería desbordada.

La frágil estabilidad social, la paz entonces, era algo que no podía durar demasiado.

En sí es fácil imaginar que la situación de conflicto surgiría del hecho de que pocos machos poseían a todas las hembras disponibles.

De tal suerte, mientras la mayoría vivía pendiente de una oportunidad propicia para copular sin ser descubierto, otros, en la urgencia que les provocaba el despertar hormonal de su sexualidad intentarían arrebatarse alguna de las hembras desafiando a los líderes en peleas que muchas veces terminaban con la muerte o incapacidad física de estos últimos.

Las luchas debieron hacerse cada vez más frecuentes a medida que aumentaba el número de varones desarrollados. Los hijos, acuciados por una sexualidad vehemente, enfrentaron al vecino y a su padre para luego luchar entre ellos.

Pero también las hembras jóvenes, más leales a su naturaleza que a la autoridad de las grandes madres, alentadas ahora por el desorden y la confusión que la situación generaba se habían vuelto un problema; sus conductas escapaban a un control efectivo.

La seguridad y el poder de las hembras dominantes se vieron seriamente amenazados por estos conflictos aparentemente inevitables.

Pero no era solamente eso.

Las consecuencias de estas luchas internas entre los machos también comprometían seriamente la seguridad general, ya que, como lo anticipé, muchos cazadores y guerreros valiosos morían o quedaban inválidos en la ardua tarea de tener que defender una y otra vez sus posiciones.

Instaladas en medio del conflicto, las grandes madres veían con comprensible preocupación cómo la situación se les iba de las manos.

El consejo de ancianos, por su parte, acostumbrado al trato prolongado y de confianza con líderes conocidos, también veía peligrar su lugar de poder en la medida en que observaban cómo se tambaleaban aquellas relaciones personales que tanto validaban sus jerarquías y les permitían elaborar estrategias de todo tipo con vistas

al futuro.

De todas maneras, por encima de la incertidumbre que planeaba sobre la seguridad política de sus miembros, dada la excepcionalidad de su posición social, o sea, por encontrarse al margen de los problemas que usualmente concita la competencia a nivel sexual, el consejo pudo tener una visión más en perspectiva de los hechos que se sucedían ante sus ojos, y así, con comprensible preocupación, sintiéndose además responsables de hallar una solución, los ancianos vieron también peligrar el bienestar y la seguridad comunes.

A todo esto, como es de esperar que suceda, durante los -a veces largos- períodos de ausencia de los machos adultos y como consecuencia de ello, el consejo y las grandes madres, en ambos casos representantes del poder en sus respectivos ámbitos de influencia habían desarrollado vínculos de particular calidad y confianza, siendo que la preocupación común de la que participaron y las situaciones en las que unos y otros se vieron envueltos les llevaría a estrecharlos aún más.

Una expresa complicidad fortaleció al conjunto y, de mutuo acuerdo, consideraron llegado el momento de cambiar algunas cosas.

Pactaron el establecimiento de un nuevo orden.

Es de hacer notar que esas grandes madres conformaron una suerte de consejo femenino muy activo, presente y demandado a la hora de sopesar la viabilidad de tales o cuales propuestas que pudieran afectar el bienestar general (organización interna y proyección social).

El nuevo orden

Ante la presencia de todos los hombres adultos y luego de que, en privado, los líderes más importantes dieran su aprobación, fue dada a conocer la primera y más importante decisión legislativa del consejo.

Se trataba de la pareja (poligámica) y familia legales (la pareja monogámica será tratada en otro capítulo).

Por su condición de guerreros, el aceptar las nuevas reglas de juego automáticamente convirtió a todos y cada uno de los hombres en sus custodios, primera fuerza de disuasión y represión interna de la historia (policía).

Sin embargo, cabe señalar que aquel asentimiento que en su momento dieran los líderes, en vista de las negativas consecuencias que también traería para ellos la modalidad propuesta (perderían sus derechos u opciones sobre muchas hembras) no siempre fue una aceptación forzada por la sola conveniencia que hubieran podido

entrevé de tal arreglo (tranquilidad), ni por la circunstancia de que los representantes del consejo y las grandes madres se hubieran puesto de acuerdo; por lo que a muchos se les debió convencer con mucho tacto. En ello y desde su muy particular posición de poder (afectos), las mujeres importantes, alejadas de aquel protagonismo ostentoso, desafiante y amenazador que caracteriza la figura del guerrero y del cazador sobresaliente, estimularon una y otra vez a los principales líderes para que estos aceptaran y favorecieran los lineamientos de la nueva propuesta.

Ellas, dada su propia, importante e indiscutible presencia como referentes de lo femenino mayor y dado el tenor de sus relaciones, intereses y actividades; dado además su permanente “estar en el lugar” y la experiencia acumulada en la tarea de controlar el comportamiento de las hembras a cargo, serían quienes darían origen a una serie de normas, reglas de conducta y comportamiento socio-sexual femenino consideradas como las más convenientes para el bienestar común e individual, normas y reglas que se perpetuarían en las generaciones por venir (educación).

De interés

Portador de obligaciones, responsabilidades, criterios, deberes e incertidumbres hasta entonces desconocidas, el acontecimiento que significó la pareja legal, aparte de introducir el concepto de matrimonio como la unión legal entre un hombre y una mujer (más festejos y rituales propios) y que, por extensión, aparte de asegurar la protección de los niños nacidos de la pareja orientaría la temática de la habitual charla femenina hacia el quehacer del vecino.

Esta suerte de conversación informal y cotidiana, necesidad muy presente aún en la sociedad de nuestros días y especialmente visible en el contenido de publicaciones destinadas a la mujer, no fue otra cosa que intercambio de información sobre las personas; información cuyo contenido permitió evaluar, situar, comparar y calificar a uno u otro miembro de la comunidad.

Me refiero a que las mujeres constituyeron una especie de “servicio de inteligencia civil” dedicado a escudriñar la vida privada de los demás en función, no solo de aprender cómo y por qué suceden ciertas cosas que atañen a la relación de un hombre y una mujer, sino de saber cómo utilizar ese conocimiento en beneficio propio en la medida de poder distinguir con acierto quién responde o no a tales o cuales expectativas individuales y sociales relacionadas con su capacidad para desenvolverse en un ámbito de competencia determinado por su identidad sexual.

Esto, que en definitiva generó una amplia y novedosa escala de valores, simbolismos, preferencias, usos, prejuicios, etc., moldeó la conciencia pública y dio lugar a algo que puede entenderse como una suerte de “policía social”, comprendida (y definible) por aquellos que pautan, vigilan y controlan, apoyando o sancionando la conducta de uno u otro según se apegue o aparte de lo deseable.

(2)

La ley por la que se delinearon e impusieron los conceptos de familia y pareja legales puede considerarse como la primera distribución de riqueza que haya tenido lugar en la historia de la humanidad.

La misma consistió en que los líderes renunciarían voluntariamente a un cierto número de hembras, a favor de aquellos machos jóvenes que hubieran alcanzado la edad adulta (con ello evitaban o disminuían las posibilidades de ser desafiados, protegiendo así su propia integridad).

Esto permitió que a todo macho adulto, y a todo joven que hubiera participado en una acción bélica o que por sus propios medios hubiera atrapado un animal importante y de especial valor en los considerandos grupales, etc., se le reconociera la mayoría de edad y, con ella, el derecho a -por lo menos- una hembra de su exclusividad. Es más, de permitirle el número de hembras disponibles, este derecho se extendería a tantas como él estuviese en condiciones de reclamar con éxito para sí (consenso público o derecho adquirido por haberlas robado a una comunidad rival).

Es más que probable que, para evitar enfrentamientos y disputas, de tanto en tanto también se facilitara la llegada a la adultez a través de actos simbólicos y públicos como, por ejemplo, competencias de velocidad, resistencia y destrezas varias, o bien por intermedio de actos singulares y caprichosos, tal el caso en que el aspirante de turno debiera demostrar su resistencia al dolor o a la adversidad, o bien dar cuenta de su virilidad fornicando “a cielo abierto” con una hembra puesta a su disposición. Más adelante en el tiempo, estas pruebas y torneos darían lugar a lo que conocemos como deportes, y es su mismo origen lo que explica el por qué de que la mujer haya permanecido al margen de este tipo de competencias, y la razón por la que sus logros deportivos concitan poca o ninguna atención.

Asimismo, la mayoría de edad bien podía alcanzarse tras prestarse a ser sodomizado por el encargado de darle legalidad definitiva a la ceremonia; una costumbre que aún hoy es practicada por una tribu de Nueva Guinea (está basada en la creencia de que el semen de los hombres experimentados transmite al joven fortaleza y sabiduría).

Sin embargo, por razones ya expuestas y porque muchas jóvenes de entre 8 y 10 años morían durante el parto (la Etiopía tribal es un ejemplo de esto último), el número de hembras disponibles siempre resultaba inferior al número de machos, por lo que la “llegada” a la adultez no siempre significó acceder a una hembra sino, más bien, la posibilidad de ser considerado para ello. Es, también, el preciso momento en que el macho deja de luchar a sangre con sus pares para comenzar a competir cortésmente.

A su vez, la hembra deja de ser un botín para pasar a ser un premio (no se la toma, se la gana con esfuerzo) por lo que, más que nunca, a partir de ese momento un importante número de mujeres a cargo de un solo hombre se convirtió en símbolo de prestigio y mayor valía individual, asociación que desde entonces no ha sufrido modificación alguna.

Llamada

Respecto de las últimas líneas resulta interesante y muy ilustrativo resaltar el hecho de que muchas de las veces en que un hombre critica ácidamente a un personaje masculino de moda, (cantantes, músicos, actores, etc.), espontáneamente, las mujeres presentes (sus seguidoras) suelen ensayar una última defensa del artista en cuestión argumentando que, a pesar de lo que pueda decirse en su contra, es evidente que él es una persona importante y mejor (líder), dado que “tiene más dinero (poder de decisión) y más mujeres que tú” (las muchas mujeres a su lado son representativas de su capacidad; demuestran que al hombre en cuestión le asisten derechos extraordinarios, derechos que, sin prurito alguno, le son reconocidos hasta por aquellas que en otras circunstancias y respecto de otros hombres los negarán resolutamente).

Tenemos entonces que, entre otras cosas, en la conciencia pública y en la femenina en particular, los líderes también pueden ser reconocidos por las muchas mujeres de que disponen, las cuales, consecuentemente, les corresponderían por derecho de su condición.

A mayor éxito social más mujeres o más opción a ellas, entendiéndose que, en principio, estas irían a él por sí mismas y sin pretenderlo en exclusividad (una trae a la otra y todas se reconocen el mismo derecho a participar... someterse a él). Puede decirse, entonces, que a un líder las mujeres le llegan solas (nada ha cambiado).

(3)

La legislación que hizo posible la pareja legal realmente representó

un cambio radical en las costumbres, y sus consecuencias fueron mucho más allá de lo pensado en un primer momento.

Al comienzo pacificó el entorno y permitió a muchas hembras jóvenes o de bajo rango salir del anonimato al que estaban reducidas.

Liberadas ya de la exigente y represiva tutela que sobre ellas tuvieron las grandes madres, aquellas pudieron formar sus propias familias a partir de un referente masculino personal, encargado de su protección y seguridad generales.

Ante ellas y ante la comunidad, ganadas o robadas, ese hombre las revalorizó respecto de las demás hembras (dador de identidad social), razón por la cual se transformó rápidamente en un símbolo de estatus femenino, siendo que, en el caso de que un varón tuviera muchas esposas, a la hora de establecer rangos prevalecieron aquellas pautas anteriores al proceso civilizatorio (simpatías, juventud, fertilidad y parto de varones).

Estas diferencias y el mismo hecho de quedar por siempre bajo la tutela y protección de un hombre en particular forjaron buena parte de la imagen social de una y otra (dieron prestigio o quitaron protagonismo), por lo que allí es donde deben buscarse las raíces de ese sentimiento de fracaso y descalificación que experimenta la mujer cuando ningún hombre desea comprometerse públicamente con ella, cuando ningún varón está dispuesto a “hacerse cargo” de ella.

El peso de estos simbolismos es tal que, hoy día, hasta la mujer capaz de sostenerse económicamente por sí misma sufre con mucha intensidad la ausencia de un referente masculino propio y legítimo, y es común que trate de justificar su situación con las más singulares argumentaciones.

En su libro “Psicología de las diferencias humanas”, aunque sin especificar si es algo instintivo o cultural, Leona E.Tyler expone estudios que muestran una gran inclinación femenina a asociarse con un varón (una suerte de necesidad compulsiva muy fácil de detectar en la vida de todos los días).

Como puede preverse, en caso de no poder ser asignada nuevamente y si sus hijos fueran aún muy pequeños, la pérdida del esposo significó para la mujer quedar expuesta a un desamparo importante, puesto que su imagen y valor social quedaban reducidos poco menos que a la nada.

Es posible que en algunos casos fuese recogida como sirvienta-

esclava por alguna otra familia, o amparada por el consejo de ancianos con el fin de desarrollar diversas tareas que, seguramente, a menudo también incluyeron el “servicio sexual”.

Como ella supo esto, el esposo fue merecedor de especiales atenciones y cuidados.

Comió más y primero, y a la hora de satisfacer su apetito sexual no conoció el rechazo.

La mujer, consciente o convencida de que para sí este arreglo representaba una mejora sustancial respecto de su condición anterior, aceptó con satisfacción y sin prejuicios la situación. Sin pensarlo con detenimiento y sin siquiera tener motivos de peso para hacerlo, supuso que así debía ser y que estaba bien; que todo era inherente a la vida misma.

Aún con características poligámicas nacía, no solo el concepto moderno de pareja legal sino también la familia como institución; célula básica de toda futura organización social.

Los logros del varón distinguirían a su descendencia y a sus esposas; logros que funcionarían como estandarte para diferenciarse de otras familias.

Así, con la legalización de la exclusividad se inició la descendencia por línea masculina y, tras ello, advendría la herencia material y política basada en lazos de sangre.

Al punto debe entenderse que la sexualidad aún no había sido contaminada por intelectualizaciones extrañas a la naturaleza misma de las cosas y, en la sociedad humana, teniendo en cuenta la vehemencia del deseo masculino y la facilidad de la mujer para satisfacerlo, la disposición natural de la hembra a someterse social y sexualmente al macho dominante, moldeada luego por la razón y el sentido de lo práctico, transformó su sexualidad y su atención en un bien cuya prestación implicaba la posibilidad de formalizar un intercambio favorable.

A todo esto, si nos atenemos a que el deseo y la simpatía naturales se vieron presionados por el deseo de progresar socialmente y de sobrevivir, e incluso por la ambición de “figurar”, comprenderemos que únicamente la inteligencia pudo hacerse cargo de llevar la pulsión sexual original al campo de lo social estratégico (conveniencia).

¿Patriarcado?

A pesar de que, al igual que hoy, la conciencia del varón estuvo

enormemente condicionada por la conducta, intereses, apreciaciones y conceptos de la mujer que le dio una educación básica, su madre, este momento histórico de la sociedad se conoce como el comienzo de lo que, por el solo hecho de que su exponente más visible fuera masculino, equivocada o insidiosamente se ha dado en llamar sociedad patriarcal.

Lo que se pretende es dar a entender que, a partir de ese momento particular, el hombre hace y deshace, anulando y sometiendo a la mujer según le parezca; a la que entonces se puede presentar como una víctima absolutamente imposibilitada de influir sobre las actitudes y expectativas generales del varón, lo cual, y como todos sabemos, no es cierto.

Idea tan absurda ha dado lugar a suponer que a partir de dicho momento el hombre comenzó a aprovecharse alevosamente de la mujer cuando, en realidad, fue quien más la representó y mejor defendió sus intereses.

Aunque hiciera a su conveniencia, porque la o las esposas no solo eran sexual y afectivamente gratificantes sino que también hacían a su propio estatus social, lo cierto es que, amén de protegerla y asegurarle que sus hijos podrían desarrollarse y sobrevivir, el esposo le proporcionó un lugar social propio y destacado.

De todas maneras, por el hecho de haberle sido asignada legalmente en exclusividad y sin variar un ápice lo que ocurre desde el comienzo mismo de las cosas, a ojos del varón la mujer continuó siendo un bien de su propiedad; de modo que lo más novedoso respecto de su persona fue que, a partir de ese momento, la soltera concitó en sus padres o gente a cargo una atención mayor en función, no solo de que no diera lugar a disputas, sino de que mantuviera o acrecentara su valor natural (no tener hijos sin referentes masculinos legales, ser hacendosa, etc.) razones por las que, en toda circunstancia, ella comenzó a ser objeto de una vigilancia y preparación aún más estrictas.

Esta vigilancia paterna no esgrimió conceptos morales sino prácticos para justificarse, en tanto lo que más se buscó fue proteger el ahora muy específico valor socio-económico de las hijas y, sin duda, también su valor socio-político.

Compréndase que la mujer casadera resultó extremadamente útil para crear o cimentar alianzas, actividades en las que usualmente tomaron posición las madres como parte muy interesada y principal.

Todas estas nuevas apreciaciones y expectativas incidieron de manera decisiva en las relaciones hombre-mujer por lo que, desde entonces y para siempre, determinaron en mucho los comportamientos,

certezas y aspiraciones de uno y otro respecto de un opuesto sexual.

Por su parte, dado el papel social que comenzó a desempeñar, la mujer recibió una educación tendiente a imponerle una particular manera de pensar el mundo, lo que significó “hacerle ver” lo ventajoso que era adherir a tales o cuales preferencias y normativas (conveniencias individuales y comunitarias), cúmulo que por su propia esencia daría lugar a la figura del “buen candidato”, una concepción básicamente materialista y utilitaria del varón merced a la que se desarrollaría aquello malsano y desagradable que he dado en llamar “coquetería especializada”.

Información de interés

A esta altura es útil señalar que, aún hoy, en África, ciertos grupos humanos continúan extirpando el clítoris y cosiendo los labios vaginales de las bebas para preservar su castidad.

“Es necesario, para que no se escape con muchachos y tenga hijos antes de casarse”, declararía Hailma Eidl de veinte años, una de las madres entrevistadas (1997, New York Times).

Con la exclusividad y la compra (trueque) comenzaron a surgir y multiplicarse lazos afectivos y sanguíneos entre las diferentes familias, por lo que el comportamiento social femenino propició la unidad y la solidaridad basadas en los lazos de sangre, algo que sentaría las bases de la organización clánica.

Impulsadas por estos lazos que reforzaban su amistad y parentesco con otros grupos, dado además su permanente estar en el lugar y en compañía de sus pares, la mujer resultó ser la encargada natural de crear y cimentar las relaciones públicas; socializó e integró a la comunidad.

El permanente intercambio de información en el que participó en relación con personas, trabajos y entretenimientos comunes profundizaría los lazos de unión, siendo que los problemas afines expuestos en momentos de ocio invitaron a la charla informal y a las confidencias, naciendo así simpatías y afectos que se afianzarían con el tiempo.

Este profundo vincularse de una mujer con otra tuvo mucha importancia en la estabilidad de la comunidad; generó paz, conectó a las gentes, enriqueció el lenguaje y agudizó las apreciaciones.

Sin tener conciencia de la importancia de su proceder, en la práctica la mujer no solo forjó la conciencia pública moderna, sino que

también fue la primera trabajadora social.

Como dato risueño y curioso pero simpáticamente ligado al contenido de estas últimas líneas, deseo acotar que en la mitología de una tribu africana cuyo nombre no se me hace presente, consta que los dioses echaron a la mujer de su lado porque... no hay nada que hacer; ¡habla demasiado!